

## He Peregrinado a Lourdes

Ya hemos vuelto de la Peregrinación Diocesana a Lourdes de este año. Vengo lleno de sentimientos y de experiencias que no puedo explicar. Para que alguien me pueda entender, tiene que peregrinar a Lourdes, no de excursión sino de peregrinación. Son muchas las experiencias que hemos vivido y todas muy intensas: La misa Internacional, la Procesión de las Antorchas, la Procesión del Santísimo, el Víacrucis, etc. el contacto con los enfermos y voluntarios y sobre todo el poder estar junto a la Virgen María.

Cuando estás junto a su lado y pones en sus manos tus problemas y cargas te sientes aliviado. Le dices; Madre aquí estoy tu sabes de mi, de lo que necesito y que traigo junto a ti. En ese momento se curan todos los males. A lo mejor los físicos no, pero los del alma seguro que si. Ese es el gran milagro de Lourdes, que todos no venimos aliviados y renovados.

En Lourdes lo que hacemos es: “Acoger, comprender, acompañar”. Tres verbos, pero mucho más que eso. Tres formas de ser y estar con quien está enfermo. Porque, o se está así o no se está.

Ante la persona enferma, sólo se puede estar con infinito respeto, y por aquí anda lo de “acoger, comprender y acompañar”.

La enfermedad va asociada con el dolor, y, quien tiene dolor, sufre. El dolor es un misterio. Y si alguien se atreve a acercarse a él, que lo haga con los pies descalzos y el alma concentrada, como Moisés lo hizo ante el misterio de Dios en la zarza ardiente.

No valen los sentimentalismos ni una compañía de vanas palabras. Lo que vale es el respeto, ofrecer el corazón y estar callado y no intentar pasarse de listo y pretender aclarárselo a nadie, porque el dolor es, en sí mismo, que no e puede aclarar.

Bastante hace el que sufre con sufrir y, adonde habría que llegar, eso sí se puede pretender, es a poner en su ventana la luz de una esperanza: sufrir no es un absurdo, el dolor redime y nunca la noche le podrá al día. Esta reflexión me hago al volver de la Peregrinación al Santuario de Lourdes, organizada por la Diócesis de Plasencia, durante los días 6,7,8,9,10 y 11 de julio de 2012.

He pensado y he recordado a Nuestra Madre la Virgen, y los pensamientos y recuerdos de estos días me han devuelto a la importancia de vivir despierto, a no olvidar lo que vale de veras y a poner primero lo que es primero a la hora de señalar los objetivos de nuestra existencia.

Y para terminar, dejar claro que, en un mundo y una sociedad donde lo que más se valora es la imagen, la belleza y la salud, la enfermedad y el sufrimiento también tienen sentido y lo único que cuenta es hacernos esta pregunta: ¿En qué puedo ayudar? Ayuda: Esta es la única palabra que sabe a amor.

Al que sufre le sobra cualquier interpretación. Sólo le salva el amor. Mantener viva la conciencia de que este sufrimiento no puede ser inútil, es como encender la esperanza en una gran oscuridad.

UN PEREGRINO